

LOS ANGELES PUEDEN CAMBIAR TU VIDA

Pídeles su ayuda



DAVID G. WALKER

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu

Los Ángeles Pueden Cambiar tu Vida, Pídeles su ayuda
©2001, David G. Walker.
Digitalizador: ✱ Salsерita (Chile)
L-02 – 29/05/04
Dibujo de portada: Jesús Vásquez Castro

INDICE

Prefacio
Introducción
¿Qué es un ángel?
Clases de ángeles
 Querubines
 Serafines
Los arcángeles
Los ángeles de la guarda
Otros ángeles
Otros seres espirituales
 Los espíritus de la Naturaleza
 Espíritus guías y espíritus protectores
Los ángeles están de moda
La Iglesia y los ángeles
Pidiendo ayuda a los ángeles
 La intuición
 ¿Qué podemos pedir?
 Resumen
¿Cómo averiguar el nombre de tu ángel?
Los ángeles y la curación
Los ángeles en el momento de la muerte
La imaginación
Jugando con los ángeles
Los ángeles y la suerte
Un mundo multidimensional
Los ángeles y las preocupaciones
Los ángeles y el crecimiento espiritual
Los ángeles y la oración
Meditación angélica
La importancia de llevar un diario
Ángeles en forma humana
Apariciones etéreas de ángeles
Conclusión

PREFACIO

El momento que nos ha tocado vivir no es nada fácil. Casi todos estamos mal. Casi todos tenemos problemas. Nuestra salud renquea con diversos achaques. La relación de pareja es cada día más difícil, el trabajo más problemático y el futuro cada vez más incierto. Además, el dinero escasea.

Algunas veces, las dificultades pueden agobiarnos hasta el punto de hacernos perder el gusto por la vida. Tal era mi situación cuando fui consciente de los ángeles por primera vez. No deseaba vivir más. Sabía que nadie de fuera podría ayudarme y sabía también que carecía de las fuerzas necesarias para salir del hoyo por mí mismo. Entonces, por casualidad, descubrí un método de autoayuda que no era tal, pero que funcionó de una manera milagrosa. Hizo que mi vida diera un vuelco de 180 grados y que las oscuras nubes que ensombrecían mi horizonte se fueran despejando, hasta que muy pronto, brilló de nuevo el sol. Y brilló con más fuerza de la que nunca antes tuviera. El método fue muy simple, el esfuerzo mínimo – no estaba yo entonces para grandes esfuerzos – y el resultado, increíble.

Tomé conciencia de los ángeles del modo más casual. En un principio no creí mucho en ellos, pero tampoco fui totalmente escéptico. Supe que podemos pedir su ayuda y decidí ponerlos a prueba. Este fue el principio de una relación maravillosa que perdurará para siempre y que todos, absolutamente todos podemos iniciar cuando lo deseemos.

Y este es mi primer mensaje para ti, que me estás leyendo en este preciso momento: ¡No te dejes engañar! El mundo es mucho más amplio, más rico y más complejo de lo que captan tus sentidos. De hecho, ellos son como una estrecha rendija por la que apenas se divisa una minúscula parte de la realidad. Vemos y sentimos lo que cae dentro de esa abertura, pero nada más. Esto es algo muy sabido, sin embargo lo olvidamos continuamente. Tus sentidos te dirán que estás solo, pero ello no es verdad. Son muchos los seres que te acompañan en este mismo instante. Aunque tus ojos no puedan verlos, aunque tu tacto no sienta su piel ni tu olfato su perfume, aunque tus oídos no escuchen sus pasos. Algunos de ellos pueden ayudarte a mejorar tu situación y les encantaría hacerlo.

Solamente tienes que pedirselo.

San Antonio, Texas
Octubre de 1994

INTRODUCCION

Hace quince años inicié una relación bastante estrecha con algunos seres que desde mi punto de vista actual no puedo calificar más que como humanos angelicales, con muy estrechos contactos en el otro lado de la realidad. Sin embargo, mi conciencia de este hecho no fue entonces demasiado profunda, de modo que debió transcurrir más de una década, antes que los ángeles llegaran a desempeñar un importante papel en mi vida.

Todo se inició como consecuencia de un encargo de traducción efectuado por un editor y gran amigo. Se trataba del libro de Terry Taylor *Mensajeros de la Luz*, que yo debía vertir al español. Cauteloso por naturaleza, no di en un principio mucho crédito al contenido del libro, me parecía - y me sigue pareciendo - encantador en muchos aspectos, pero en otros excesivamente fantasioso. Sin embargo, el contacto forzado que con él mantuve durante cierto tiempo y quizás también la desesperada situación en que entonces se hallaba mi vida a todos los niveles, me empujaron un día a comprobar la afirmación de Terry Taylor, según la cual, "toda petición humana, cualquiera que sea su importancia, será tenida en cuenta por los ángeles y llevada a efecto, siempre que sea favorable para todos los implicados, o al menos no resulte dañina para nadie".

De modo que me decidí a pedir la ayuda de esos seres espirituales protagonistas del libro de Terry, sin imaginar ni un momento que pudiese recibir lo solicitado, y mucho menos que pocos años después, yo mismo estaría escribiendo sobre ellos.

El primer problema que les presenté se resolvió de una manera rápida y sorprendente. Mi situación económica era bastante crítica y lo que más me preocupaba en aquel entonces era el ya atrasado alquiler de mi apartamento. Usualmente entregaba cada mes un sobre con la cantidad acordada a la madre de la dueña, que vivía en el mismo edificio, dos pisos más arriba. Apenas habían pasado cinco o seis días desde mi petición de cierta ayuda monetaria, cuando de manera totalmente inesperada recibí una cantidad considerable - al menos para mí en aquel momento lo era -, sin que para nada me acordara entonces de los ángeles. Al subir a entregar el dinero a la viejecita y mientras esperaba que me abriera después de haber hecho sonar el timbre, vi que pegado a su puerta había un angelito de cerámica, cuya presencia jamás noté anteriormente y que ahora parecía mirarme de una manera muy especial. Cuando por fin me abrió y pude darle el sobre con el dinero para su hija, la anciana señora estuvo tan amable y se interesó tanto por mí, que desde entonces fue ya siempre mi aliada secreta. Bajé a mi casa maravillado y sorprendido. El ángel de cerámica y la actitud de la señora, con quien hasta entonces apenas si había intercambiado breves saludos, me hicieron pensar que tal vez los ángeles me habían oído, decidiendo ayudarme de algún modo.

Aunque mi escepticismo y mis dudas eran todavía considerables, afortunadamente no llegaron a impedir que realizara mi segunda petición, relacionada de nuevo con el problema de la vivienda. Sabía, pues me lo habían notificado diversos médicos, que la contaminación de la ciudad estaba afectando mi precaria salud y por otro lado, deseaba ardientemente liberarme del oneroso alquiler mensual. De modo que, intentando matar estos dos pájaros de un tiro y deseando al mismo tiempo comprobar definitivamente el poder y la voluntad de los ángeles, les pedí sin el mínimo recato algo que, teniendo en cuenta mis posibilidades económicas de entonces era casi demencial: una casa propia, en un bosque, y además, no demasiado alejada de la civilización. Apenas había transcurrido unas semanas cuando un compañero, profesor de la facultad de arquitectura, me comentó desolado que su ordenador se había estropeado en el momento más crítico, como suele ocurrir siempre. Por supuesto le ofrecí gustoso el mío y, así, una amistad que hasta entonces era muy superficial, se convirtió en algo bastante más sólido, tanto con él, como con otra arquitecta copartícipe suya en el trabajo efectuado con mi ordenador. Y fue precisamente esa arquitecta, quien poco tiempo después me ayudó enormemente en este asunto, y a ella debo el haber encontrado una parcela de terreno ideal para mí en todos los sentidos: el lugar es magnífico - aunque muchos lo consideran excesivamente frío -, en pleno bosque de cedros y a una hora escasa de la ciudad. La parcela en cuestión había sido embargada por el gobierno del estado. Siempre acompañado por la arquitecta, me entrevisté varias veces con el director de la dependencia estatal encargada de la regulación del suelo, y gracias a su intervención, pude adquirir la mencionada parcela por el mismo precio que había pagado su último dueño algunos años antes, en total, apenas tres mil dólares, cantidad que, teniendo en cuenta el nivel de la urbanización y la situación del propio terreno, era sencillamente ridícula. Además, por si todo ello fuera poco, el

pago lo pude efectuar en varios plazos sin ningún tipo de recargo. El día que fui a ver el lugar me quedé helado; alguien, seguramente un niño, había pintado en la pared de la casa vecina la silueta de un ángel.

Siempre con la ayuda de esta arquitecta ya amiga, los trámites, los permisos estatales y locales, el agua, la luz y el comienzo de la obra fue todo vertiginoso. Yo mismo excavé los cimientos, el hoyo de la cisterna y la fosa aséptica. Antes de tres meses estaba viviendo en mi nueva casa, que aunque ciertamente muy modesta, se ajustaba con toda exactitud a lo solicitado. Aquello me animó ya más, de modo que un poco por ver hasta dónde llegaba la “racha” seguí pidiendo. Con la culpable sensación de haber gastado mis dos primeros deseos en cosas puramente materiales, decidí que ahora me ocuparía de otros aspectos de mi vida que estaban exigiendo a gritos un arreglo en profundidad. Citaré sólo uno de ellos: la salud. Tras haber pasado por las manos de al menos una veintena de médicos de todas las tendencias, de haber gastado considerable cantidad de dinero y haber sufrido estoicamente una operación y diversas terapias, mi situación era muy poco prometedor. El cáncer se estaba extendiendo con cierta rapidez por todo el cuerpo a través del sistema linfático y los dolores producidos por un tumor externo eran cada vez mayores. Los médicos que más confianza me merecían eran unánimes: no se debía recurrir a la cirugía bajo ningún concepto, sin embargo los distintos tratamientos hasta entonces utilizados habían resultado inútiles y el tiempo iba pasando, acercándome cada vez más a una situación que pronto sería irreversible. Las consecuencias psicológicas de la enfermedad no eran menores que las físicas y algunos tratamientos llegaron a debilitarme tanto que durante varios meses no fui capaz de subir más de seis escalones, ni caminar trescientos metros sin detenerme o sentarme un momento a descansar. Una vez más los ángeles fueron efectivos al máximo. Los caminos por los que me llevaron en busca de la curación – ajenos por completo a la medicina oficial – son tan apasionantes que por sí solos merecen constituir el tema de un próximo libro. No puedo decir que en la actualidad me halle totalmente libre de la enfermedad, pero sí que estoy entusiasmado, que mi situación ha cambiado de un modo radical y que vislumbro muy claramente lo que para mí será como la salida de un largo túnel. Me es imposible comentar aquí todo lo que los ángeles – a modo de Santa Claus o los Reyes Magos – me han traído en menos de dos años, pues en algunos hechos intervienen terceras personas cuyo anonimato debo respetar.

Lo paranormal es captado de muy diferente manera y en muy diversos grados por los distintos individuos. Desde aquellos/as que casi todos los días están teniendo visiones y viviendo “experiencias”, que continuamente tienen presentimientos, oyen voces o sienten perfumes inexplicables, hasta los que jamás oyen, ven, sienten ni captan nada de nada. Todo depende de la sensibilidad de cada uno y, por supuesto, también de su imaginación.

Sin considerarme totalmente “cerrado”, debo aclarar que más bien me incluyo entre los últimos. Al hablar con otras personas sobre el tema de los ángeles, con frecuencia me siento bastante torpe, pues casi todas – aquí debo confesar otro gran complejo mío, y es que la inmensa mayoría de los libros editados en los últimos años sobre este tema están todos escritos por mujeres – han visto algunas vez “algo”, aunque sólo sea una figura luminosa a los pies de su cama o un señor de cierta edad que desapareció inmediatamente, después de ayudarles en algún asunto crucial. En mi caso no ha sido así, y lo digo principalmente para que no se sientan desanimados quienes como yo, nunca “vieron” nada, ni siquiera una simple luz difícil de explicar. En realidad, el hecho de que seamos o no capaces de experimentar a los ángeles a través de nuestros sentidos físicos, carece de importancia. Pero sí quiero acentuar enfáticamente que mi fe en ellos es ahora total. Generalmente, siempre que nos ayudan a lograr algo que les hayamos pedido – o el sustituto que ellos creen más conveniente para nosotros, más adelante hablaré de esto – siempre suelen darnos alguna señal inequívoca y demostrativa de que allí han andado ellos, de que no es algo que se pueda imputar a la “casualidad” ni a una evolución natural de las circunstancias. Al menos, así me ha ocurrido en casi todas las ocasiones. Quizás sea una estratagema suya para evitar que les quite el mérito de lo logrado, pues seguramente consideran que mi fe en ellos no es aún todo lo sólida que debiera ser. O tal vez sea simplemente una forma – encantadora por cierto – de hacernos notar su presencia, su amistad y su ayuda a quienes, como yo, no sabemos ni podemos captarlos de otro modo más “sutil”.

Andaba yo un día merodeando por las librerías más antiguas de la ciudad de Austin, cuando de pronto divisé en una estantería un libro de Ruth Montgomery – cuyas obras había estado buscando afanosamente para documentar un trabajo anterior. Se trataba de *A World Beyond*, publicado veinticuatro años antes. Lo tomé y comencé a hojearlo con esa sensación de desencanto que nos suele embargar cuando algo llega tarde y a destiempo. De pronto, todos mis sentidos se aguzaron al descubrir entre sus páginas, olvidada seguramente por su antiguo dueño, una vieja felicitación navideña. No tenía la clásica forma rectangular, sino que se trataba ni más ni menos que de un ángel recortado en cartulina. Aquello fue suficiente para hacerme comprar el libro, que guardé hasta la próxima semana, en que mi amiga arquitecta me había invitado a pasar unos días en la ciudad de Cuernavaca – México -, donde ella estaba terminando una construcción. Al día siguiente de llegar, sentado en una escalinata que da a la plaza principal, bajo los frondosos árboles que me protegían del ardiente sol tropical y sin saber el tiempo que tendría que esperar a mi amiga, abrí el libro de Montgomery. Las primeras palabras que captaron mis ojos me dejaron de una pieza. “En Cuernavaca...” decían. Aquello era ya demasiada “casualidad”. Me leí el libro de un tirón, ávidamente y con gran interés, y en él hallé cumplida respuesta a un asunto que me había estado preocupando durante muchos meses.

Como un ejemplo final, referiré de qué manera se materializó muy recientemente algo que había pedido a mis amigos los ángeles hacía ya más de un año. No entraré en los detalles del caso, pero sí diré que la solución a mi pedido llegó a través de dos personas totalmente “angelicales”: Hania Czajkowski y su esposo Aníbal. Resulta que Hania es ni más ni menos, que la autora de una sorprendente obra sobre ángeles que ha visto la luz en los

últimos tiempos: “Jugando con los Angeles”. ¿Debo pensar que fue la casualidad, lo que, tras viajar casi diez mil kilómetros hasta la ciudad de Buenos Aires, me hizo entrevistarme con un arquitecto argentino, y su cónyuge ingeniero civil, totalmente desconocidos hasta entonces para mí, y que ese arquitecto resultara precisamente ser Hania, autora del único libro-juego “angélico” que – hasta donde yo sé – ha visto la luz en el continente americano?. Mucha casualidad sería esa, sobre todo teniendo en cuenta que los ángeles están presentes en este asunto. Además, la casualidad no existe.

Parece que a este mundo venimos básicamente a dos cosas: a aprender y a ayudar a los demás. Si la síntesis que, con mis experiencias y las de otros, presento en los capítulos siguientes, lograra servir de ayuda a alguien como el libro de Terry Taylor me sirvió a mí, este humilde trabajo habrá cumplido totalmente con su cometido.

Que así sea.

¿QUÉ ES UN ANGEL?

¿Qué es para nosotros un ángel? ¿Qué nos sugiere esta palabra? ¿Qué nos viene a la mente cuando la oímos o la pronunciamos? Para unos los ángeles son nuestros hermanos mayores, seres de luz que nos mandan información y pensamientos amorosos a fin de guiarnos e inspirarnos. Para otros, como Don Gillmore, autor del libro *Angeles por todas partes*, los ángeles son formas, imágenes o expresiones a través de las cuales puede ser transmitida la esencia y la energía de Dios.

Para la Iglesia Católica, los ángeles son una especie de auxiliares de la Providencia en el gobierno del mundo: espíritus puros, mandados por Dios para que nos guíen, nos aconsejen y nos ayuden en nuestro transitar por la tierra y en nuestro camino hacia el cielo. Vale la pena aclarar estos dos términos a fin de evitar confusiones: todo ángel es espíritu, pero no todo espíritu es ángel. Espíritu es un ser inteligente que en circunstancias normales carece de un cuerpo físico, o al menos de un cuerpo que nuestros sentidos puedan captar como “físico”, pero no por ello es siempre ángel. Hay espíritus de la Naturaleza. Hay espíritus de seres desencarnados. Hay seres de otras dimensiones que podemos considerar perfectamente espirituales pues viven su vida en el mismo espacio que nosotros, sin jamás interferir en nuestra “longitud de onda” ni nosotros en la suya. Hay incluso espíritus protectores de los seres humanos, sin que por ello sean ángeles. Las palabras de San Agustín a este respecto son muy certeras: “Los ángeles son espíritus, pero no son ángeles porque sean espíritus, sino por ser enviados de Dios. El nombre de ángel se refiere a su oficio, no a su naturaleza. Su naturaleza es espíritu, su oficio, angelical. El ángel es un mensajero”. Y ése es precisamente el significado inicial de la palabra ángel: mensajero. En las diferentes tradiciones religiosas, el papel representado por los ángeles es tan importante y central en todas ellas, que resulta ilógico atribuirlo a la fantasía o a la invención pura y simple de los antiguos cronistas. Además, al igual que en los tiempos del Antiguo Testamento, en nuestros días los ángeles siguen interviniendo en la vida de los humanos, unas veces de manera anónima y secreta, y otras abiertamente y a plena luz del día. Cuando se dejan ver por nosotros suelen hacerlo bajo la forma de luces, figuras resplandecientes y en muchas ocasiones, como personas normales y corrientes. Pueden manifestarse durante el estado de vigilia, y también en sueños. Una constante en sus apariciones con forma humana – “disfrazados” de personas vulgares, podríamos decir – suele ser su momentaneidad: llegan, hacen o dicen aquello por lo que han venido y un momento después, se van sin que ya jamás volvamos a saber de ellos. Un amigo, en absoluto inclinado a los asuntos espirituales ni religiosos – dudo que desde que tiene uso de razón haya pisado una Iglesia en más de cuatro o cinco ocasiones, y siempre con motivo de algún acontecimiento social -, se ha visto sin embargo varias veces beneficiado por tales seres, que con una apariencia totalmente común, en los momentos más críticos de su vida lo socorrieron con palabras, con dinero en efectivo y hasta con una bolsa llena de ropa, exactamente de su talla. Cuando trató de seguirles la pista, sus intentos fueron infructuosos.

Otras personas suelen verlos con apariencia de niños o jóvenes resplandecientes, durante la noche a los pies de la cama, o en los lugares y momentos más insospechados. La constante en estos casos suele ser una sensación de bienaventuranza, de felicidad e intenso bienestar, que en unas ocasiones dura un momento y en otras varios días o incluso semanas, pero que ya no puede ser olvidada, por mucho que se prolongue la vida de quien tuvo tal experiencia. En sus apariciones en forma humana la sensación que suele prevalecer es también un profundo bienestar, una gran tranquilidad, serena y apacible, independiente de que nos saquen de algún apuro. En su libro *Vislumbres del mundo Invisible*, el Dr. Lee relata cómo en un incendio ocurrido en el londinense barrio de Holborn un ángel salvó a un niño de morir abrasado. Las llamas habían tomado tal incremento que los bomberos se vieron obligados a dejar que el fuego devorase dos edificios, dedicándose únicamente a intentar salvar a sus moradores. Lograron salvarlos a todos menos a dos: una anciana que murió asfixiada por el humo antes que ellos llegaran y un niño de cinco años de quien nadie se había acordado ante la turbación y el pánico causado por el fuego. El olvido tenía explicación en parte, pues dicho niño no vivía usualmente en aquella casa, sino que, debiendo su madre desplazarse a Colchester aquella noche por asuntos de familia, lo había confiado a la hospitalidad de una parienta suya, inquilina de uno de los edificios siniestrados. Cuando todos estuvieron a salvo y los edificios se veían ya totalmente envueltos en llamas, se acordó con espanto aquella mujer del niño que le habían confiado. Sintiendo incapaz de regresar ella misma a la casa en busca del niño, su llanto era desesperado. Un bombero se decidió intentarlo y tras ser informado de la situación exacta de la alcoba penetró heroicamente en aquel infierno de fuego y humo. Un minuto después reaparecía con el niño sano y salvo, sin el

más leve chamusco. El bombero refirió que la alcoba estaba ardiendo y con la mayor parte del suelo hundido, pero que las llamas, en contra de su tendencia natural, se retorcieron hacia la ventana de un modo tal que jamás él había visto en su larga experiencia profesional algo semejante, dejando enteramente intacto el rincón donde estaba la cama del niño, pese a que las vigas del techo ya se veían medio quemadas. Dijo que encontró a la criatura presa del natural terror, pero que al acercarse vio una figura blanca inclinada sobre el lecho, en actitud de cubrir al niño con la colcha. Añadió que no había sido víctima de alucinación, y que lo pudo ver con toda claridad durante unos segundos, aunque desapareció al acercarse él a la cama. Una circunstancia curiosa de este caso es que aquella misma noche la madre del niño no fue capaz de conciliar el sueño en su alojamiento de Colchester, atormentada por la idea de que a su hijo le amenazaba una desgracia. Tan fuerte era su presentimiento que finalmente se levantó y oró, pidiendo al Cielo protección para su hijo.

El número de personas que han tenido experiencias con ángeles es muy superior al que a primera vista podría pensarse. El Dr. H.C. Moolenburg, pionero de la moderna literatura sobre ángeles, efectuó en 1982 una encuesta entre 400 de sus pacientes, preguntándoles directamente si alguna vez en su vida habían visto un ángel. Treinta y una de tales personas, es decir un 7,75% contestaron afirmativamente. Y ello sin incluir a los que estaban seguros de haber tenido encuentros con ángeles, sin verlos realmente. Entre estos, aquellos que fueron salvados de forma inexplicable con motivo de diversos accidentes, los que tuvieron experiencias extracorpóreas cercanas a la muerte y otros que manifestaron haberse sentido extrañamente impulsados por algo o alguien, a dirigirse a algún lugar o a realizar algo que luego modificó sustancial y favorablemente el curso de sus vidas. El Dr. Moolenburg, eliminó posteriormente a todos los casos en los que el sujeto no había estado plenamente consciente durante su visión, ya fuera ésta en sueños, bajo el efecto de la anestesia o en estado de coma y también a quienes no vieron con sus ojos al ángel completo – vieron sólo unas manos, las alas, lo oyeron o lo percibieron de algún modo ajeno al sentido de la vista -, además, tampoco se consideró los casos en los que el supuesto ángel no se mostró con una forma claramente humana, por ejemplo cuando fue percibido como un resplandor o una luz brillante. Tras esta exhaustiva y minuciosa criba, quedaron todavía 6 casos ya prácticamente inobjetables, es decir, el 1,50 % de la población entrevistada. Para muchos que, como yo, nunca han visto un ángel, el porcentaje del 1,50 % podría parecer todavía elevado, sin embargo la encuesta del Dr. Moolenburg fue efectuada de la manera más minuciosa y “científica”. Los sondeos realizados por mí, con motivo de este trabajo, me han evidenciado que o bien las cifras dadas por el Dr. Moolenburg son de una prudencia extrema, rayana al escepticismo, o las manifestaciones angelicales en el plano humano se han incrementado mucho desde 1982 a la fecha.

Aunque, la mayoría de las personas que han tenido este tipo de vivencias suelen mostrarse reacias a hablar de ello, unas veces por miedo al ridículo y otras por una comprensible reticencia a exteriorizar un episodio de sus vidas muy íntimo y trascendente. En cuanto al perfil psicológico de tales personas, no he sido capaz de discernir ningún rastro común, como no sea el hecho de que todas parecen poseer una intuición bastante fina y desarrollada. Sin embargo, el que podamos o no experimentarlos mediante nuestros sentidos físicos es algo que carece totalmente de importancia. El hecho es que ellos están continuamente aquí, a nuestro lado, ayudándonos y guiándonos de mil maneras insospechadas, deseando en todo momento conectarnos con ese plano más elevado de la realidad que llamamos el cielo y al mismo tiempo, dispuestos siempre a hacer todo lo posible para que seamos más felices aquí en la tierra.

Ellos saben que el estado natural de la vida es la alegría, la felicidad, la risa y la belleza, cualidades de las que nos solemos, invariablemente, apartar en cuanto dejamos atrás la infancia. Todas ellas son cualidades del cielo, que es el reino de los ángeles. Su labor es precisamente acercarnos a ese reino, siempre que nosotros queramos y estemos dispuestos a aceptarlo.

CLASES DE ANGELES

A mediados del siglo V y muy probablemente en Siria, alguien a quien se ha dado en llamar el Pseudo-Areopagita escribió varios libros religiosos, firmando con el nombre de Dionisio, discípulo de San Pablo que había vivido cinco siglos antes en Atenas – llamado el Areopagita por haber sido miembro de la corte de justicia que se reunía en el Areópago – y que al parecer murió martirizado en la segunda mitad del siglo I. Y es precisamente en las obras del Pseudo-Areopagita donde por primera vez aparece la clasificación que distribuye a las criaturas celestiales en nueve coros angélicos:

- Serafines
- Querubines
- Tronos
- Dominaciones
- Virtudes
- Potestades
- Principados
- Arcángeles
- Angeles

El valor y la importancia dados a las obras del Pseudo-Areopagita ha ido creciendo con el transcurso del tiempo. Pese a que no existe ningún documento anterior al siglo V que de fe de las mismas, han llegado a ser consideradas como genuinas y tanto los místicos de la Edad Media – entre ellos el Maestro Eckhart – como muchos de siglos más recientes se han apoyado en ellas.

Durante toda la Edad Media, los ángeles hicieron correr mucha tinta y fueron los protagonistas de numerosos debates e incluso de lo que hoy llamaríamos “convenciones”, que atraían a multitudes de oyentes. Entre los autores que con mayor fuerza y autoridad disertaron sobre ellos cabe destacar a Santo Tomás de Aquino, que vivió en la Italia del siglo XIII y que retomó, matizó y amplió lo que ya antes habían dicho otros sobre los ángeles, entre ellos, el Pseudo-Dionisio San Agustín e incluso Platón y Aristóteles. Sin embargo para Santo Tomás, cada ángel es una especie única y da lugar a una categoría de ser nueva y de enorme riqueza. Al contrario de las cosas, que se distinguen por la pobre materia que las forma como individuos, para él el ángel posee algo así como una individualidad absoluta y una realidad suma y no admite que se le adscriba a ninguna otra categoría que a la que él mismo inaugura y que con él concluye.

Entre los místicos modernos que con mayor intensidad se han ocupado de los ángeles destaca el sueco Emmanuel Swedenborg (1688 – 1772), brillante científico, contemporáneo de Newton y Halley. Entre las numerosísimas obras que dejó escritas hay tratados de física, química, astronomía, mineralogía, minería, anatomía y economía. A partir del año 1743, aunque sin abandonar del todo sus actividades científicas, pasó a ocuparse primordialmente de asuntos espirituales y en 1745 comenzó a tener comunicaciones directas con los espíritus y los ángeles, pero al contrario de la usanza espiritista, con pleno uso de sus facultades y conciencia. En su obra *Arcana Coelestia* dice textualmente: “Estoy convencido de que muchos insistirán en que es imposible al hombre conversar con los ángeles mientras está encerrado en la cárcel del cuerpo. Dirán que mi trato con estos seres es pura invención o bien un recurso para obtener publicidad. Por mi parte no me preocupo de cuanto se pueda decir en mi contra, pues no hablo sino de lo que he visto, oído y palpado”.

También Rudolf Steiner (1861-1925) se ocupó extensamente de los seres angélicos, de su naturaleza y actividades. Como dice Sophy Burnham en su *Libro de los Angeles*: “resulta extraño pensar que los teólogos medievales, e incluso el moderno Steiner, dedicaran tanto tiempo y esfuerzo a establecer toda una jerarquía de ángeles y a averiguar dónde se encuentran. Los ángeles no viven en ninguna parte, del mismo modo que Dios tampoco vive en ninguna parte. Se hallan en el espacio de la eternidad y en el centro de nuestros corazones”.

En la Biblia, además de los ángeles y arcángeles, son citados expresamente dos tipos de seres angélicos: querubines y serafines.

QUERUBINES

Los primeros ángeles que aparecen en las *Sagradas Escrituras* son los querubines que Yavé situó a las puertas del paraíso. Esta función de guardianes de los lugares santos, con la obligación de permitir sólo la entrada a las personas debidamente autorizadas, fue durante todo el Antiguo Testamento una de las labores encomendadas a esta orden angélica. De este modo, cuando Yavé dio a Moisés las instrucciones para construir el Arca de la Alianza, le ordenó colocar sobre la cubierta de la misma dos querubines de oro, uno frente a otro y ambos vigilando permanentemente la seguridad del Arca.

Sin embargo, el trabajo que con mayor frecuencia – y al parecer más gustosamente – desarrollan los querubines en los relatos del Antiguo Testamento es el de transportar a Dios de un lugar a otro. “Y (Yavé) cabalgó sobre un querubín, y voló, voló sobre las alas del viento”, dice el Salmo 18.

Tal vez esto fue lo que indujo a los pintores del Renacimiento a denominar querubines a los rollizos ángeles niños que solían pintar bajo la Virgen en su ascensión a los cielos, sin embargo, los querubines del Antiguo Testamento son algo muy distinto, como bien lo demuestra su severa función de guardianes en el mencionado pasaje de la expulsión del paraíso, y también y de una manera muy especial, el libro del profeta Ezequiel.

En el extraño relato que forma el capítulo 10 de su libro, Ezequiel describe con todo detalle a unos extraordinarios seres que él mismo identifica como querubines, los cuales, equipados con unas misteriosas ruedas y produciendo un ruido ensordecedor, acompañaron a Dios en su aparición sobre el templo.

SERAFINES

En el capítulo 6 de su libro, el profeta Isaías nos da una descripción bastante detallada de estos ángeles, pues dice que se hallan sobre el trono del Señor y que tienen seis alas: con dos se cubren el rostro, con otras dos se cubren los pies y con las dos restantes, vuelan, mientras continuamente están alabando el nombre de Yavé. Uno de ellos voló hacia él con un carbón encendido en la mano y colocándolo sobre sus labios borró todos los pecados del profeta.

LOS ARCANGELES

Los arcángeles son ángeles de una categoría superior, y cada uno de ellos manda y coordina a una infinidad de ángeles. Tradicionalmente se ha considerado que los arcángeles son cuatro: Rafael, Gabriel, Miguel y Auriel (o Uriel), mientras que otros aseguran que son siete. Sin embargo en la Biblia, únicamente se confiere expresamente el título de arcángel a Miguel. De las referencias bíblicas sobre Miguel se deduce claramente la importancia de este arcángel como jefe de las huestes celestiales en su lucha contra las fuerzas del mal: “Y fue hecha una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón y sus ángeles”, dice el Apocalipsis.

También el papel desempeñado por Gabriel es primordial. Fue Gabriel quien mostró y explicó a Daniel el sentido de la visión que el profeta tuvo en el tercer año del reinado de Belsasar. Seiscientos años más tarde lo vemos aparecerse a Zacarías para informarle que su esposa daría a luz a Juan el Bautista y seis meses después anunciaba a María que sería madre del Hijo de Dios, apareciéndose en sueños también a José.

El místico ruso G.I. Gurdjieff consideraba que los arcángeles constituyen un tipo de criaturas diferentes de los ángeles. Su concepción cosmogónica presenta la siguiente progresión: minerales, plantas, animales invertebrados, animales vertebrados, hombre, ángeles, arcángeles, Eterno Inmutable y Absoluto. Es decir, que los ángeles están entre el hombre y los arcángeles, y éstos a su vez, entre los ángeles y el Eterno Inmutable.

Así describe a los cuatro arcángeles una de las más antiguas escuelas mágico-cabalísticas: Rafael es el arcángel del elemento Aire y del punto cardinal Este. Los cabalistas lo visualizan en dicha dirección, sobre el firmamento, vestido con una túnica amarilla que se mueve a merced del viento que sopla desde atrás suyo, haciendo que los pliegues toman a veces tonos purpúreos. Lleva en la mano una espada. Ha sido tradicionalmente considerado como el arcángel de la curación, y según muchos el significado de su nombre no es otro que “Dios cura”. Gabriel es el arcángel del elemento Agua. Su lugar es el Oeste. Los magos cabalistas lo visualizan con su brazo derecho levantado hacia el frente y llevando en la mano una copa de la que fluye el líquido vital. Su túnica es de color azul, con reflejos naranja. El significado de su nombre es: “el Poder de Dios”. Miguel es el arcángel del elemento Fuego. Su punto cardinal es el Sur y los magos cabalistas lo visualizan vestido de color rojo, con rayos complementarios de tonalidad verde. En su mano derecha sostiene una vara. Con base en ciertos pasajes bíblicos se le ha considerado tradicionalmente como el jefe de las huestes celestiales: brazo derecho de Dios en la lucha contra el mal. Su nombre en hebreo significa “Aquel que es como Dios”. Auriel es el arcángel de la Tierra y los cabalistas lo visualizan situado al Norte, vestido con los colores de las estaciones ricas y fértiles, ocre, oliva, bermejo y negro, llevando un pentáculo o escudo. Es el arcángel encargado de las luminarias y también desempeña funciones de justicia.

La concepción medieval consideraba al mundo constituido por cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego, cada uno de ellos regido, como hemos visto, por un arcángel. Tradicionalmente el aire se asimilaba a la inteligencia y la movilidad, el agua al amor, a las emociones y a la imaginación. El fuego a la purificación, a la destrucción de lo negativos, a la acción y a la fuerza; y la tierra al mundo físico en general, a la naturaleza y al campo. De este modo los arcángeles rigen sobre todo lo visible e invisible, habiendo sido asimilado por los diferentes sistemas esotéricos y mágicos que, procedentes de la más remota antigüedad, se extendieron durante la edad media, como la astrología, la alquimia y el tarot.

LOS ANGELES DE LA GUARDA

A cada uno de nosotros, al venir a este mundo, se nos asigna un ángel guardián. Cada ser humano, independientemente de su raza, creencias, nivel social, aspecto o tamaño, tiene el privilegio de tener a su lado a un ángel que lo acompaña durante toda la vida. Está con nosotros todo el tiempo, dondequiera que vayamos y cualquier cosa que hagamos. Ha estado con nosotros desde el principio y con toda seguridad ya nos entrevistamos con él cuando decidimos venir a este mundo con el cuerpo y las cualidades humanas que hoy disfrutamos y sufrimos. Decía el Papa Juan XXIII: “La existencia de los ángeles custodios es una verdad de fe continuamente profesada por la Iglesia, que forma parte desde siempre del tesoro de piedad y doctrina del pueblo cristiano. La Iglesia los venera, los ama y son motivo de dulzura y de ternura.

Aunque es cierto que en algunas ocasiones – para nuestros ojos humanos – el ángel de la guarda parece haberse alejado de nosotros, también lo es que todos hemos vivido sucesos en los que su presencia es indiscutible. ¿Quién no ha arriesgado alguna vez su vida de manera irresponsable y temeraria? ¿Quién no ha sentido que en el momento crucial algo o alguien, alguna fuerza invisible, intervino apartándole de un peligro que podría haberle causado la muerte o al menos daños físicos? ¿Qué conductor no ha experimentado alguna vez la sensación de que alguien le avisó, llamándole perentoriamente la atención y aguzando sus sentidos en el momento clave? Todos hemos iniciado alguna vez algo con la profunda sensación de que aquello era un error, para más tarde comprobar que efectivamente, de haber seguido, las consecuencias habrían sido desastrosas. Según Terry Taylor hay dos épocas en la vida de todo individuo en las que el ángel de la guarda – ángel custodio o ángel guardián – tiene que esforzarse al máximo e incluso recurrir a la ayuda de otros ángeles: una de ellas es alrededor de los dos años de edad, época en la que el niño, que ya dispone de movilidad por sí mismo, se dedica a explorar el mundo que lo rodea, y la otra es la adolescencia, en la que un impulso parecido pero de otro nivel, nos hace despreciar totalmente los peligros a los que nos enfrentamos.

Los niños, antes de alcanzar la edad escolar, suelen percibir a los ángeles mucho más claramente que las personas adultas y del mismo modo, a toda una extensa serie de entes incorpóreos. Con frecuencia, éstos adoptan forma de niños, y así comparten sus risas y sus juegos. Otras veces, los suelen ver con apariencia de jóvenes de notable hermosura, hombre o mujeres. Además, independientemente de esta circunstancia, todo parece indicar que los seres angélicos sienten cierta preferencia por los niños.

El ya mencionado Dr. Lee relata en su libro cómo dos pequeños hijos de un modesto labrador se quedaron jugando mientras sus padres se ocupaban en las labores de recolección. Los niños, ansiosos de corretear por el bosque, se alejaron demasiado de la casa y no pudieron encontrar el camino de vuelta. Cuando los fatigados padres regresaron al oscurecer notaron la ausencia de los niños y, después de buscarlos infructuosamente por las casas vecinas, enviaron a los jornaleros en distintas direcciones a buscarlos. Sin embargo, toda la exploración resultó inútil y todos volvieron con el semblante afligido. De pronto vieron a lo lejos una luz que se movía lentamente a través de los campos lindantes con la carretera. La luz era esférica y tenía un bello color dorado. Los padres y sus ayudantes acudieron inmediatamente y al llegar vieron que allí estaban los niños, mientras la luz se desvanecía totalmente. Los pequeños relataron cómo se perdieron en el bosque y después de llorar y pedir socorro se quedaron dormidos al pie de un árbol. Luego, según ellos, los despertó una hermosísima señora que llevaba una lámpara y cogiéndolos de la mano los llevaba a la casa cuando sus padres los encontraron. Por más que los niños preguntaron, la aparición no hizo más que sonreír, sin pronunciar palabra. Los niños mostraron tal convencimiento en su relato, que no hubo forma de quebrantar su fe en lo que habían visto. Aunque todos los presentes vieron la luz y pudieron perfectamente distinguir los árboles y las plantas que caían dentro del círculo iluminado, sólo los niños vieron la aparición angélica.

El siguiente es el relato de la Sra. Jovita Zapien, quien oyó la voz de su ángel de la guarda por primera vez siendo niña, viéndolo sólo vez, ya de mayor: “Mi primera experiencia con ángeles tuvo lugar haya ya mucho tiempo. Tenía yo entonces siete años y era la tercera de siete hermanos. Vivíamos en una casa bastante grande que incluía una especie de almacén donde se amontonaban diversas máquinas procedentes de un antiguo taller de impresión. Generalmente nosotros nunca entrábamos allí pero un día en que mi madre había salido a visitar a mi abuela dejándonos solos y encerrados con llave en la casa, a una de mis hermanas se le ocurrió atar una hamaca al tirador de la puerta y por el otro extremo a un hierro que sobresalía de una de aquellas máquinas. Así construyó una especie de columpio. Comprobó que estaba seguro columpiándose ella un momento, y luego seguimos los demás. Como mis hermanos pequeños lloraban decidí cederles mi turno columpiándome yo la última. Cuando finalmente me llegó la vez y comencé a columpiarme ocurrió algo inesperado. Al parecer aquella máquina estaba en un equilibrio muy precario pues el caso es que se cayó, quedando yo atrapada debajo. Uno de los hierros me había atravesado el muslo y la sangre manaba a borbotones. Perdí la visión y no sentía ningún dolor, sólo un calor muy intenso y una sensación de flojedad y abandono. Oía gritar a mis hermanas mayores y llorar a los pequeños pero nada me importaba, me sentía como ausente, indiferente a todo aquello. De pronto oí una voz que con toda claridad me ordenaba moverme y mantenerme despierta. Obedecí y mientras mis hermanas levantaban de algún modo aquella pesada máquina, los más pequeños tiraron de mí para sacarme. Arrastrándome me llevaron hasta la cama y allí permanecí hasta que llegó mi madre. La herida del muslo tardó un tiempo en curar pero finalmente mi facultad motriz no quedó afectada en absoluto, pues incluso llegué a ganar premios en atletismo. Nadie comprendió nunca cómo unas niñas pudieron levantar aquella máquina cuyo peso era de más de dos toneladas, para sacarme de debajo. Cuando muchos años después se llevaron la máquina en cuestión vi que entre muchos hombres apenas la podían mover, siendo necesaria una grúa. Así, en aquella ocasión no vi al ángel pero sí oí claramente su voz y sobre todo, fui consciente de su tremenda ayuda.

“Posteriormente he vuelto a escuchar su voz, siempre en momentos muy delicados y críticos de mi vida, y tan sólo una vez lo vi. Fue en el mes de Diciembre de 1987. Hacía ya cinco meses que había perdido a una hija de un mes. Murió repentinamente, en su cuna. El hecho me afectó tanto que ni siquiera las diferentes terapias seguidas lograron devolverme el gusto por la vida. Volví al trabajo y a mi vida anterior pero nada tenía ya sentido para mí. Me pasaba las horas llorando. Continuamente me preguntaba: ¿qué había hecho yo para merecer aquello? Tenía los nervios destrozados y padecía insomnio. Me solía despertar a las 2 o tres de la mañana sin conciliar de nuevo el sueño, atormentándome a mí misma con las preguntas de siempre. Una de aquellas noches lo vi. Apareció en la ventana, por fuera – no había cortina – tenía el aspecto de un hombre de unos treinta años, con pelo largo, barba, el rostro ovalado y una mirada dulcísima. En cuanto lo miré sentí cómo toda mi desgracia y mi amargura se diluían dejando paso a una inmensa sensación de tranquilidad y bienestar. Desde fuera y a través del cristal me habló, me dijo que no era necesario que sufriera ya más, que ya estaba bien de angustia y de dolor y que muy pronto todo cambiaría para mí y sería feliz de nuevo. La diferencia de temperatura había empañado el vidrio, no obstante lo percibí con toda claridad, pues acercó mucho su rostro al cristal. Tras unos segundos desapareció. Una paz y una felicidad inexplicables me invadieron. De pronto pensé que aquello no podía ser, que todo era producto de mi imaginación y que seguramente me estaba volviendo loca. Salí fuera y examiné atentamente la ventana. La escarcha empañaba el cristal, pero todavía en el centro del mismo se apreciaba la silueta donde un momento antes había estado aquel ser. Toqué el vidrio en aquel lugar y lo hallé inexplicablemente tibio, mientras que en los bordes de la ventana seguía congelado. No cabía duda, alguien había estado allí, alguien que con su mirada y unas breves palabras infundió un nuevo rumbo a mi vida. Efectivamente desde entonces mi situación cambió. El insomnio y la depresión desaparecieron y otra vez se encauzó mi vida.

OTROS ANGELES

Independientemente de la clasificación del Pseudo-Dionisio y de los ángeles de la guarda, existe toda una legión de ángeles destinados a labores más concretas, unas relacionadas con los seres humanos y otras no.

En la experiencia relatada por Gitta Mallasz en su libro *La Respuesta del Ángel*, son cuatro ángeles los que hablan, diferenciándose y denominándose a sí mismos precisamente por la labor que cada uno de ellos cumple: el que construye, el que irradia, el que mide y el que ayuda.

El evangelio Apócrifo de Juan hallado en Nag Hammadi, Egipto, cita por sus respectivos nombres a una serie de más de cien ángeles, que fueron quienes ayudaron a Dios a formar el cuerpo del primer hombre, trabajando cada uno de ellos con una parte concreta de la estructura física de Adán. Sobre dicha legión de ángeles constructores, está la autoridad de otros siete mayores: Miguel, Uriel, Asmenedas, Safasatoel, Armuriam, Richram y Amiorps. En total – según dicho Evangelio Apócrifo de Juan –, fueron 365 los ángeles que colaboraron con Dios, hasta dejar terminados tanto el cuerpo material de Adán como su cuerpo psíquico.

Todo parece indicar que los ángeles son tan numerosos que existen especialistas en prácticamente cada labor o circunstancia humana que se nos ocurra. Estos son algunos de ellos:

- Angeles sanadores del cuerpo.
- Angeles que dispensan la alegría.
- Angeles especialistas en asuntos financieros.
- Angeles reconciliadores.
- Angeles que eliminan los obstáculos.
- Angeles que traen y llevan mensajes.
- Angeles protectores (que actúan uniendo sus fuerzas a las del ángel guardián).
- Angeles que amplían la comprensión.
- Angeles que curan las heridas del alma.
- Angeles que alivian el dolor.
- Angeles que ayudan en los estudios.
- Angeles que dan belleza (y embellecen la vida).
- Angeles que disipan los rencores.
- Angeles que favorecen la amistad.
- Angeles que difunden el amor.
- Angeles que impulsan la justicia (la de Dios, que es amor, no la de los hombres).
- Angeles que nos asisten en el momento de la muerte.
- Angeles que dan luz.
- Angeles constructores.
- Angeles de la creatividad artística.
- Angeles que transmiten y “siembran” nuevas ideas científicas.
- Angeles que ayudan a encontrar objetos extraviados.
- Angeles de la lluvia.
- Angeles del sueño.
- Angeles que favorecen la paz espiritual, etc.

A cualquiera de ellos podemos recurrir en cualquier momento solicitando su colaboración, ya sea directamente o a través de nuestro ángel de la guarda.

OTROS SERES ESPIRITUALES

LOS ESPIRITUS DE LA NATURALEZA O DEVAS

Aunque el significado real de la palabra *deva* es “Ser de Luz”, con lo cual todos los ángeles serían devas, este término hindú suele ser usado casi exclusivamente para designar a los espíritus de la naturaleza. Estos seres espirituales cumplen con los animales, las plantas y la naturaleza en general, las mismas funciones que los ángeles desarrollan con los seres humanos.

Se ocupan de mantener y perfeccionar los patrones arquetípicos de todas y cada una de las especies que pueblan la geología, la fauna y la flora de nuestro planeta. Ellos supervisan y velan porque tanto sus funciones como su evolución transcurran de acuerdo al plan divino. Son los elfos, las hadas, los gnomos, los espíritus de los bosques, los genios, las ninfas y los faunos. Muchos niños y también adultos dotados de una especial sensibilidad han “visto” a estos seres. Otros más afortunados han llegado a comunicarse con ellos. Los testimonios son abundantes, y entre todos ellos destacan los recogidos en Findhorn, comunidad espiritual situada en el norte de Escocia, donde se ha llevado a cabo la más extraordinaria asociación ocurrida en tiempos modernos entre seres humanos y entidades dísticas. Los resultados siguen estando a la vista y han sido debida y ampliamente documentados. Quien se dedique a la jardinería y tenga algún interés en el aspecto espiritual de las plantas y de la naturaleza en general, deberá aprovecharse de la maravillosa experiencia de Findhorn. Existen

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

